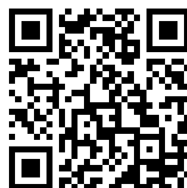
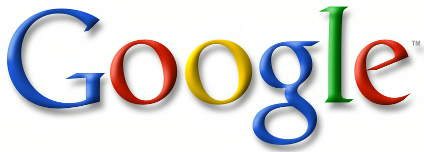



Google


UNIVERSITY OF VIRGINIA
X004730098

JOSÉ MANUEL CARBONELL

Alrededor de un gran poeta: Leopoldo Lugones.

I

Conferencia pronunciada el día 17 de marzo de 1912, en el Conservatorio Nacional de Música.



HABANA

IMPRENTA SEOANE Y ALVAREZ,

COMPOSTELA 141.

1912

Señoras y Señores:

Gratitud sincera debemos cuantos nos hemos reunido para participar de esta nueva serie de conferencias sobre grandes poetas de la Europa y de América, á sus organizadores entusiastas, que nos han ofrecido la oportunidad, con su iniciativa generosa, de olvidar las fatigas de la brega diaria y las agitaciones del personalismo imperante, atrayéndonos, como al influjo de mágico talismán, al oasis fresquísimo,—siquiera sea demasiado fugaz—de estas conversaciones literarias, inauguradas con inusitado esplendor por nuestro sabio conferencista el doctor José Antonio González Lanuza, que llenó con los acentos de su palabra cristalina y serena, los ámbitos de esta sala, donde parece que resuenan todavía, como los rápidos de impetuoso Niágara, las notas musicales de su torrente de oro. Gratitud muy sincera debemos al brillante Jesús Castellanos y á su no menos valioso compañero Max Henríquez Ureña por el éxito que han alcanzado estas gayas fiestas de la cultura y del buen decir, fiestas cuya ausencia lamentábamos todos con amarga tristeza, como la demostración evidente de que nos moríamos á conciencia en una atmósfera de cautiverio y enervamiento inmerecidos, soñando con la dicha de un campo más propicio ó de un mundo mejor, enamorados de las alturas de radiosa cima, en la inconformidad desesperante de una existencia desolada y marchita. A ellos somos deudores de este alegre despertar del pensamiento amodorrado y detenido por la ola de impura realidad, y el cual si no realiza el milagro de desvanecer las nubes cargadas de sombras que se amontonan en el horizonte negro, ejerce al menos la misión reparadora y cristiana, del calmante activo, que alivia la dolencia del enfermo martirizado por atroz padecimiento, y abre

ante sus ojos, extraviados por el dolor, el paraíso de la esperanza.

Porque, al cabo, ¿qué otra cosa somos nosotros más que enfermos del ideal, peregrinos adoradores de la Belleza, persiguiendo la quimera de un remanso en el Sahara asolador de nuestra vida?

¿Qué otra cosa somos nosotros los tildados soñadores hambrientos de labor espiritual, en el solar nativo, donde los que se llaman cuerdos á sí mismos, no piensan más que en satisfacer sus apetitos de hombres prácticos, para quienes el oro es todo cuanto la vida encierra en su cenagoso fondo, donde por los misteriosos decretos de miserable destino, las águilas están vencidas por un montón de gusanos.

De esta catalepsia profunda en que vivíamos hasta ayer, anestesiados por el cloroformo de la ignorancia, despiertan los intelectuales con la potencia de un vigor nutrido en el marasmo y la conciencia cabal de que "del orín de los coseletes y quijotes, y de entre los indios que resucitarán, empieza á salir en América el alfabeto de luz".

La ignorancia es el freno de hierro que detiene á los pueblos en el camino de la civilización: la sombra se combate y se reduce con la luz. La sabiduría es como la caldera que hace andar la máquina de la Humanidad por los raíles del progreso; la montaña sagrada donde se dignifican los espíritus y se ennoblecen las almas. Pobres pueblos aquellos que, como al nuestro ahora, se les halaga en lo que de infeliz tienen: se fomenta y aprovecha su rebajamiento moral con fines interesados, y se levanta un trono á la audacia consciente, disfrazada con la túnica de Séneca.

Ejército que abandona el campo á su enemigo no puede cubrirse de gloria. El laurel no lo conquistan sólo los vencedores, sino también los que son capaces de luchar y sufrir en holocausto de sagrado deber. Cristo arrostró el Calvario, pero sus doctrinas fecundadas por la sangre de sus heridas, encontraron las almas de millones de creyentes abonadas para recogerlas y en ellas se multiplicaron como las semillas del Evangelio.

Seamos nosotros como Cristo: el via-crucis es el ambiente: nuestra calle de amargura, la soledad que nos rodea y el frío olvido de los que más valen; la jauría que nos persigue y denuesta brota, como

por explosión maravillosa, de los abismos de la ignorancia; el Gólgota es la fe del ideal, y la cruz que arrastramos cuesta arriba, es la del pensamiento. Sigamos con ella, sin escuchar los alaridos de los escribas y fariseos de esta Babilonia republicana que ha de surgir un día, inmaculada en el rescate, de las manos que la pudren. ¿No dijo Martí, acaso si pensando en la infancia desdichada de su patria; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta, y colores la flor?

Tiempo es ya de que los faros de la verdad irradien su tibia lumbre sobre las torres del Capitolio convertido en tienda de gitanos donde todo se pone en almoneda, y no sea la inteligencia—único posible salvavidas de este naufragio moral—puente de papel para que pasen los dioses del cretinismo, ó escala de aventureros, envueltos para deslumbrar á los que le rinden culto, con el velo azul de la libertad!

Perdonadme, señoras y señores, si me he extendido en consideraciones de un orden puramente ideológico pero de palpitante interés para cuantos amamos á Cuba, antes de abordar el tema de mi conferencia, á la cual, como para salpicar con gracioso matiz su deficiente dechado, le prestará el encanto de sus colores y armonías la lira escultural y pictórica del poeta que la inspira.

La poesía, flor y aroma del pensamiento, no desaparecerá jamás de la tierra. El alma humana evoluciona constantemente, pero la poesía es y será siempre el reflejo de lo que siente y aspira y sueña la humanidad á través de todas las épocas y de las metamórfosis del hombre. De ahí que nuestra lírica actual sea más psicológica, más honda, más compleja y refinada que la de los tiempos antiguos en que sólo se alimentaba de las improvisadas coplas que aprendía y cantaba el pueblo como el lenguaje único de su espíritu.

¡Ay de los pueblos que no tienen en su alma un poco de poesía con que calentarse en el invierno, un chispazo de romanticismo que los levante en su hora de pasión sobre las impurezas de la tierra! Pobres y mezquinos de espíritu, aquellos que imaginan que más beneficios presta á la patria y á la humanidad "un vendedor de clavos" que un poeta. Refiriéndose

á esos fué que dijo Roosevelt en grandilocuente discurso, que él creía que habían educado más á sus compatriotas y elevado más el alma de los hombres, las grandes poesías que cantaron las gloriosas batallas de la independencia, que los generales que la conquistaron con su espada.

Halagüeño en sumo grado es para mí el motivo de esta conferencia que me proporciona la cumplida satisfacción de hablar de un grande de la patria Argentina, caballero de los ideales de la floreciente república que baña con sus aguas el cadencioso Plata y llena con sus ritmos de notas resonantes, distendiéndolas por los pulmones de los Andes, el más excelso ruiseñor de su cordillera, donde parece que todavía resuenan en el suelo pétreo, los cascos del retinto enfrenado del Libertador San Martín.

Leopoldo Lugones es bien conocido en la América española y principalmente en Cuba, donde la poesía tiene melancólicos altares en el corazón de sus mujeres, en los cuales conservan encendido, como las vestales de los templos antiguos, el fuego de su adoración.

El espíritu mercantil que domina los sentimientos del mundo moderno, no ha podido secar los manantiales de poesía que corren por nuestras almas, porque si la fuésemos á desterrar de ellas como una de las más sensibles manifestaciones del corazón humano, todavía tendríamos motivos para reverenciarla, acordándonos que han sido sus cultivadores en Cuba los primeros mártires de la libertad, y el más mártir de sus poetas su soldado Redentor.

Leopoldo Lugones, como Díaz Mirón, Valencia, Chocano, Rubén Darío, Argüello, por no citar sino algunos nombres de los grandes poetas vivos de la América Latina, es bien conocido por los devotos del verso en nuestro país, si bien en una parte muy fragmentaria: motivado tal vez por la distancia, los difíciles medios de comunicación, y, más que nada, por la indiferencia en que viven los pueblos de nuestra raza necesitados ahora más que nunca de estrechar sus relaciones y conocerse de cerca, como quienes van de la mano á pelear juntos.

Nació Leopoldo Lugones en Río Seco, Provincia de Córdoba, en la República Argentina, el año 1874. A los veinte años, cuando ya sus versos le habían

dado renombre, abandonó su pueblo llevando en las alforjas rico bagaje literario, y ansioso de desenvolver sus facultades en escenario más ancho, desplegó su tienda de poeta en Buenos Aires. Allí lo conocí, en su campo de glorias y de luchas, hace tres años escasos. A los pocos días de encontrarme en la capital argentina, sorprendido de no verle en los actos que se celebraban para festejar á los Delegados de la Cuarta Conferencia Pan-Americana, indagué por él insistentemente, sin que lograra á ciencia cierta conocer su paradero.

—Es un huraño,—recuerdo que me dijeron de él muchos á quienes les pregunté por el poeta. Visité en la compañía del brillante literato Américo Lugo, la redacción de "El Diario", donde á la sazón escribía, pero no tuve la fortuna de encontrarle entonces. Días después, cuando menos pensaba en él, nos abrazábamos, llamado yo al grupo en que se encontraba, por dos glorias de la Venezuela intelectual: Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta.

Hablé con Lugones largo tiempo, y á fe que no me pareció huraño sino por el contrario, decidor, galante, simpático, altivo en sus gestos, discreto en sus maneras. Aún me parece que le veo: de estatura regular, frente montuosa, tez morena, labios en que acentúa cada frase el corazón: vivaz, nervioso, valiente. Vivía alejado de la sociedad y de la política, no obstante que, como redactor de "La Nación", estaba obligado á conocer de ésta. Me contó de sus luchas, de su vida múltiple, de sus agonías de soñador. Conocí á Lugones orador socialista, político sagaz retirado en espera de mejores tiempos: conocí á Lugones pedagogo, conferencista, historiador, polemista, poeta por encima de todo, rebelde siempre, inconforme.

El tono de su conversación delata al orador más que al poeta. Habla de prisa, con facilidad pasmosa, salpicando sus períodos de imágenes, clavando la mirada en la de sus oyentes con fijeza, como para sorprenderles en los ojos la impresión de sus ideas. Aquel día en que nos encontramos me separé de Lugones al caer la madrugada. Me llevó á su casa, sin previo aviso, como si fuéramos íntimos camaradas, y sin que pudiera objetarle nada en contra de su decisión. Nos habíamos de reunir muchas ocasiones

antes de que yo dejara á Buenos Aires, pero él quería, en demostración de amistad al viajero feliz, sentarlo á su mesa, junto á su adorable compañera y al hijo precoz, que es él en miniatura, con toda la potencia de su talento y la grácil flexibilidad de su nerviosa elocuencia.

Aquella noche, de sobremesa, conocí la última labor rimada de Lugones, un Lugones desconocido entre nosotros. De la mayor parte de los versos que me leyó, la impresión más agradable que guardo es la de su lectura. Lugones es un lector maravilloso, y un recitador que embellece cuanto dice.

Aquellos versos artificiosos de su última hornada, donde la perla de la idea se esconde desvanecida entre colorines y floripondios, raros como flores del Japón, de melodía dudosa y atrabiliario perfume, me producían una impresión extraña de malestar y de placer á un tiempo mismo, algo así como la sensación que produce la primera dosis de morfina inyectada. Aquel no era el Lugones poeta que yo admiraba. Y sin embargo, confieso que me tenía hipnotizado, pendiente de sus labios, aturdido bajo la cuádriga de metáforas altisonantes, mezcladas de vocablos grotescos, donde el ritmo era á veces en el preludio como un suave susurro de violines, que rompía bruscamente el compás de una murga callejera.

¡Cuántas ideas raras encerraban aquellas estrofas! ¡Qué aluvión de palabras incoloras que traían á la mente el recuerdo de cosas prosaicas! ¡Qué cascada de ritmos inarmónicos! Y entre todo esto, ¡cuántos relampagueos geniales y cuánto verso lindo y encantador!

Lugones ha caído en el defecto de que adolece al presente la poesía de Rubén Darío, que ansiosa de aparecer original, resulta una prosa desabrida y del más pésimo gusto.

Muchas de sus poesías á que he querido referirme pudiera citar aquí para robustecer mi aserto, pero no es esta la misión que me he impuesto al ocupar este sitio para hablaros del altísimo bardo argentino. Quede tan ingrata tarea para quien con más condiciones de crítico que yo, y menos devoción por el poeta, quiera juzgar su obra, hermosa siempre en conjunto, no obstante los lunares y desvaríos que la afean y desmerecen, y el uso, impropio á veces de

un léxico inadecuado, que le ha valido los reproches de la crítica serena é imparcial.

He creído deber mío, al analizar, siquiera sea muy ligeramente, la labor poética del escultor de "Las Montañas del Oro", significar el juicio que de sus últimas producciones tengo. Ello no aminora mi admiración por su talento. El genio tiene sus locuras, y "Lunario Sentimental", libro de imitaciones malsanas, donde se percibe la influencia sacrílega del poeta francés Jules Laforgue, es como el sanatorio de hijos locos á que dió vida la imaginación atormentada del trovador montañés. Las águilas no dejan de ser las dominadoras de las alturas inconmensurables que rasgan con los remos potentes de sus alas, porque desciendan á la llanura aterida, como no dejan de ser bellas las mujeres aunque la ira las sofoque ó las ensangriente el crimen.

Los poetas deben ser juzgados, en definitiva, por la bondad de sus obras buenas; y no por las sombras que sobre su gloria proyectan las mediocres, como alrededor de los astros las produce el mismo exceso de luz.

En "Lunario Sentimental", libro por el cual pasaré como sobre ascuas, siquiera no desee prescindir de citar algo de lo bueno y malo que encierra, para que os podais formar juicio propio, hay estrofas como éstas, modelo de armonía imitativa y grácil:

Mas ya dejan de estregar los grillos
sus agrios esmeriles,
y suena en los pensiles
la cristalería de los pajarillos.

Y como esta otra:

Por ello al influjo de tan triste fortuna,
un llanto sublime sus mejillas tala.
Y su lánguido suspiro se aduna
al simétrico rizo que resbala
sobre el lago temblando suavemente de luna,
como un piano de cola por una leve escala.

¿Verdad que no os parecerán del mismo poeta que escribiera las estrofas que acabo de citar, esta descripción de un paisaje de luna, en donde lo arrastrado de

la versificación sólo puede compararse á la pobreza del pensamiento, como muy bien afirma el crítico argentino Roberto F. Giusti?

Después vino una horizontal región
donde no había más elevación,
que sobre un suave arenal
un inmenso anciano de cristal.
Como esos frascos de licor que son
un Garibaldi ó un Napoleón.
Y aquél tenía por corazón
un poco de arena glacial.

Y esto, inspirado, también, en una visión lunar:

Y de pronto sobre geométricas lomas,
aparecieron los primeros seres
vivos: cinco palomas
grandes como mujeres.
Crispábalas una ilógica neurastenia;
sus miradas eran de personas;
después hicieron una elegante venia...
Se conocía que eran como "prima donnas".
Pero en la luna todo es mudo y sordo;
y en la falta de gravedad excepcional,
(de aquí la neurastenia que es allí normal).
Es como si uno se encontrara á bordo.

Continúa el poeta cantándole al satélite:

Por su enorme techo,
la luna, Colombina
cara de estearina,
aparece no menos redonda;
y en una represalia de serrallo,
con la cara reída por la pata de gallo,
como á una cebolla Pierrot la monda.

Forzando el consonante, rima,—quien sabe rimar tan bien,—adefesios como este:

Y la luna en enaguas,
como propicia náyade,
me besará, cuando "háya de"
abrevarme en sus aguas.

Y, como complemento de poesía descriptiva, esta estrofa que huele á cocina y á muelle y á botica:

El piano está mudo, con una tecla hundida
bajo un dedo inerte. El encerado nuevo
huele á droga desvanecida.
La joven está pensando en la vida.
Por allá dentro, la criada bate un huevo.

Se desconcierta uno pensando que estos renglones desabridos y artificiosos con pretensiones de verso, hayan sido escritos por el mago burilador de tanta joya poética, por el delicado artífice de los "Crepúsculos del Jardín". Por el estilo de estas composiciones son las últimas, aún no coleccionadas en volumen, del brillante poeta argentino, que no necesitaba sin duda, para destacar su personalidad, de copiar modelos ajenos, sino por el contrario robustecer aquélla dándole á su obra en total la unidad de que carece, fijando de una vez y para siempre su escuela literaria, desvanecida y desdibujada en cada nuevo libro que publica, por ese su afán enfermizo de aparecer siempre distinto, envuelto en un ropaje arlequinesco que no es el que mejor cuadra á un artista de su talento, suficientemente dotado de inspiración y de cultura, para cultivar en campo propio el árbol exuberante en follaje de sus ideas y fantasías.

La obra de Lugones, en prosa y verso, más que de los defectos naturales de forma, adolece, carece mejor dicho, de unidad de espíritu y de pensamiento. Así lo hallamos pomposo y lúgubre en "Las Montañas del Oro", donde se revela un poeta de estilo directo y genuino carácter, que sabe poner en la madurez de la razón el fuego de la juventud; frívolo y arrimadizo, aunque delicado y sutil, en "Los Crepúsculos del Jardín"; exótico y retorcido, sorbiendo tragos de una literatura pierrotesca, en "Lunario Sentimental"; gallardo y sincero en "Odas Seculares"; hondo y magnífico en "Gesta Magna". Y de esta falta de unidad de que carece su obra poética se resiente también su prosa; churrigueresca en "La Guerra Gaucha"; castiza, como del siglo de oro, en "El Imperio Jesuítico"; precisa y sin afeites ni pelucas en "Las Fuerzas Extrañas"; elocuente y clara

en los cuentos de "Lunario Sentimental"; helénica y culta en "Prometeo".

No conozco su *Historia de Sarmiento* últimamente publicada, sobre la cual he leído juicios muy halagadores para su insigne autor.

Oigamos á Lugones en dos de sus sonetos más conocidos entre nosotros:

Llevabas con donaire la sombrilla
de seda azul, con rosas escarlata,
y hollaba la negruzca escalinata
el tacón de tu arqueada zapatilla.

Envolviste tu cuerpo en la mantilla,
y al suspender el ruedo de tu bata
dejaste ver el ceñidor de plata
que aprisiona tu mórbida rodilla.

Entonces, en tu faz llena de enojos
hubo un florecimiento de sonrojos
y pudorosa aligeraste el paso...

Mientras que yo, que te miré de hinojos,
sentí que se agitó sobre mis ojos
tu fina enagua de crujiente raso.

Y este otro, bautizado con el nombre de "El Pañuelo":

Poco á poco, vistiendo otra hermosura,
aquel cielo de encanto y primavera
se puso negro, cual si lo invadiera
una idea poética y oscura.

Era como una lira la espesura
del bosque, y en la pálida ribera
padecía la tarde, cual si fuéra
un pendón de suprema desventura.

Como las alas de un alción herido,
los remos de la barca del desvelo
azotaron el piélago dormido:

Cayó la noche, y entre el mar y el cielo
quedó por mucho tiempo suspendido
el silencioso adiós de tu pañuelo.

"Odas Seculares" es el último volumen de versos publicado por Lugones como homenaje de su lira á la República Argentina, en el Centenario de su independencia. En este libro revive gloriosamente el poeta de los yambos viriles, fácil en el ritmo, rico en la pompa, delicado en el matiz, profundo en la idea.

Lugones resucita en esas páginas, repletas de sano optimismo y naturalmente sinceras. Y reaparece en ellas tal como es el hombre, entonando un himno de amor á *Las cosas útiles y magníficas,* loando las grandezas de su tierra, y señalándoles á las nuevas generaciones, al evocar á *Los próceres,* que su mayor grandeza consiste en que sus virtudes son imitables.

Y así como ellos precisamos vivir,
no de pasado ilustre, sino de porvenir.

Hermosa y digna de un poeta nacional es su oda *A los ganados y á las mieses,* de sugestiva fuerza descriptiva y frescura campestre. A través de sus mil y tantos versos que se leen sin fatiga, descansa el lector, como si la savia de los campos por él cantados, hinchase sus pulmones de un aire puro y tonificante.

Pasaré sobre "Odas Seculares" espigando aquí y allá—dado el tiempo limitado de que dispongo—para daros idea de este libro, desconocido entre nosotros, y que lleva á manera de pórtico su canto "A la Patria", de donde escojo al azar algunas de sus más bellas estrofas:

Visten en pompa de cerúleos paños
su manto de Andes tus espaldas nobles,
y sobre ellas encumbran tus Cien Años
su fresca fuerza de leales robles.

Sea en tu cielo y todo lo serene,
tu Buena Voluntad estrella suave;
y el Sol la brasa de tu hogar que tiene
del lado de venir puesta la llave.

Brinda á los oprimidos tu regazo
con aquel ademán largo y seguro,
que designa en la estética del brazo
una serenidad de mármol puro.

Prolongando en justicia tu honra de antes,
cimenta así tus seculares torres,
y sea tu aderezo de diamantes
el tesoro de lágrimas que ahorres.

A hombro de monte carga el riel; su acero
audaz, evoque con alegre asombro,
la epopeya en que el sable granadero,
barra de luz viril cruzaba en tu hombro.

Enfrena el mar cruzándole tu escuadra
en la boca de plata de tu río,
y al raudo hervor que el hélice taladra
da tu escolta al pacífico navío.

Canta después á los gloriosos Andes y exclama:

Moles perpetuas en que á sangre y fuego
nuestra gente labró su mejor página:
sois la pared fundamental que encumbra,
como alta viga la honra de la raza.
Cuéntela el pico matinal en donde
sacude el viento sus glaciales sábanas,
y el vuelo de sus cóndores filiales
dele expansiones de palabra alada,
dilatando con párrafos enormes,
hasta el sol una sombra de montañas.

Oda bellísima que termina después de evocar las glorias de la sagrada cordillera, con este ruego de piedad sencilla:

Llevadles á los niños que los vean.
Haced que se ennoblezcan de montaña.
Yo que soy montañés sé lo que vale
la amistad de la piedra para el alma.
La virtud en los montes se humaniza
cual toma buen olor la hierba amarga,
y la pálida fuerza de los mármoles
por los cascos de hielo anticipada,
abre en la libertad de su belleza
ojos mejores para ver la patria.

Cantándole á las ciudades heroicas de su patria en el metro en que cantara nuestro Heredia sus nostalgias de desterrado, le dice á Buenos Aires:

Primogénita ilustre del Plata,
en solar apertura hacia el Este,
donde atado á tu cinta celeste
va el gran río color de león;
bella sangre de prósperas razas
esclarece tu altivo linaje,
y en la antigua doncella salvaje
pinta en oro su noble sazón.

Arca fuerte de nuestra esperanza,
fuste insigne de nuestro derecho,
como el bronce leal sobre el pecho
asegura al país tu honra fiel.
La genial Libertad en tu cielo
fino manto á la patria blasona,
y eres tú quien le porta en corona
el decoro natal del laurel.

Certidumbre de días mejores
la igualdad de los hombres te inicia,
en un vasto esplendor de justicia
sin iglesia, sin sable y sin ley.
Gajo vil de ignorancia y miseria
todavía espinando retoña,
sobre la áspera cruz de Borgoña
que trozaste en los tiempos del rey.

Ser la "Villa de Plata" que tiene
la franqueza por llave sonora
y por puerta de calle la aurora,
en visión de solícito Edén;
dar á todos los tristes consuelo,
sin dejar de ser noble y ser bella,
como no se aminora la estrella
porque haya ojos que amantes la ven;

Esa es la misión que el destino
en la patria futura te asigna,
como ayer por valiente y por digna
fué la gloria tu prenda de honor.
Para ser la feliz y la justa,

que tu propia esperanza nos debe,
haz que sean el amo y la plebe
mies pareja de buen sembrador.

A Tucumán, la ciudad histórica, le dice con amor de justo:

Para que no faltase á tu decoro
la excelencia del lauro soberano,
te consagró la espada de Belgrano,
primer amor del justo paladín.
Y tu belleza fué sobre "el sepulcro
de los tiranos", en perenne alerta,
la sonora leona que despierta
vibrada de peligro y de clarín.

Evocando la noble figura del gaucho desaparecido, lo pinta y describe en su fiereza y sencillez, en ocho décimas que vivirán como ocho rosas de mármol, perfumando el recuerdo de aquella estirpe de héroes:

A LOS GAUCHOS

Raza valerosa y dura
que con pujanza silvestre
dió á la patria en garbo ecuestre
su primitiva escultura.
Una terrible ventura
va á su sacrificio unida,
como despliega la herida
que al toro desfonda el cuello,
en el raudal del degüello
la bandera de la vida.

Es que la fiel voluntad
que al torvo destino alegra,
funde en vino la uva negra
de la dura adversidad.
Y en punto de libertad
no hay satisfacción más neta,
que medírsela completa
entre riesgo y corazón,
con tres cuartas de facón
y cuatro pies de cuarteta.

En la hora del gran dolor
que á la historia nos paría,
así como el bien del día
trova el pájaro cantor,
la copla del payador
anunció el amanecer,
y en el fresco rosicler
que pintaba el primer rayo,
el lindo gaucho de Mayo
partió para no volver.

Así salió á rodar tierra
contra el viejo vilipendio,
enarbolando el incendio
como estandarte de guerra.
Mar y cielo, pampa y sierra,
su galope al sueño arranca,
y bien sentada en el anca
que por las cuestas se empina,
le sonríe su "Argentina"
linda y fresca, azul y blanca.

Desde Suipacha á Ayacucho
se agotó en el gran trabajo,
como el agua cuesta abajo
por haber corrido mucho;
mas siempre garboso y ducho
aligeró todo mal,
con la gracia natural
que en la más negra injusticia
salpicaba su malicia
clara y fácil como un real.

Luego al amor del caudillo
siguió muriendo admirable,
con el patrióico sable
ya rebajado á cuchillo;
pensando, alegre y sencillo,
que en cualesquiera ocasión,
desde que cae al montón
hasta el día en que se acaba,
pinta el fondo de la taba
la existencia del varón.

Su poesía es la temprana
gloria del verdor campero
donde un relincho ligero
regocija la mañana.
Y la morocha lozana
de sediciosa cadera,
en cuya humilde pollera,
primicias de juventud
nos insinuó la inquietud
de la loca primavera.

Su recuerdo, vago lloro
de guitarra sorda y vieja,
á la patria no apareja
preocupación ni desdoro.
De lo bien que guarda el oro,
el guijarro es argumento;
y desde que el pavimento
con su nivel sobrepasa
va sepultando la casa
las piedras de su cimiento.

Y estas bellas estrofas inspiradas en los famosos "Granaderos á Caballo", aquellos con los cuales el famoso caudillo de los Andes decidió el triunfo de la batalla de Chacabuco, en momentos en que la inoportuna carga del general O'Higgins comprometía la acción:

Con arrebato de horda va el corcel formidable,
enredado á sus crines ruge el viento de Dios,
sobre el bosque de hierro vibra en llamas un sable
que divide á lo lejos el firmamento en dos.

La montaña congénere, donde el cóndor empluma,
sonreída de aurora despertó á ese tropel
de Patria, y la simétrica marea ungió en la espuma
de un brindis gigantesco los flancos del corcel.

La tierra devorada por los cascos se abisma
en el tremendo vértigo que arrastra aquel alud.
Y el Himno natal surge del trueno con la misma
voz que estalló en clarines "en los campos del Sud".

¡Tufo de potro; aroma de sangre; olor de gloria!...
La hueste bebe el triunfo cual sublime alcohol,
y la muerte despliega sobre su trayectoria,
acabada la tierra, la mar de luz del Sol.

Séame permitido ahora, siquiera sea ligeramente, dar á conocer algunos fragmentos de lo que yo estimo lo mejor y más bello de la obra del ilustre poeta de *Poemas Solariegos.* He alterado de propósito el orden que corresponde en tiempo á sus producciones por ese instinto natural de gustar primero lo que tiene su amargo para refrescar después el paladar con las dulzuras de un sorbo delicioso. No significa esto que yo piense que cuanto hasta aquí he mostrado de Lugones no sea bueno, sino que lo que voy ahora á daros á conocer de él, es mucho mejor.

"La Voz Contra la Roca" es sin duda una de las concepciones más profundas de Lugones. Aquella gran columna de silencio y de ideas en marcha, se ha poblado de voces proféticas que aconsejan:

—Sustituir la noche por la aurora, y el falso
culto por la evidencia de la luz, y el cadalso
por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
sentir sobre la frente la dicha como un beso
floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
cual flamígera espuela; contradecir el fallo
de los siglos; dar cima á la conciencia augusta;
romper los viejos dogmas de la creencia injusta;
confiscar á la sombra su vasto calabozo;
anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
deshacer para siempre la corona de espinas;
sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas:

Es el espíritu de Lugones que habla en esas voces al oído de la tierra natal para pedirle á los que la gobiernan y la aman: paz, previsión, amor; es él quien al mismo tiempo que predica evangélica doctrina, muestra los peligros en que caen los pueblos de América que no marchan de cara al porvenir y de acuerdo con las señales de los tiempos; y es por eso que con clarividencia apostólica aconseja tomar del gigante lo que de noble tiene cuando dice á su patria:

Pueblo, se poderoso, se grande, se fecundo;
ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo,
respira en las montañas saludables alientos,
destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
recoge las primicias de los frutos opimos;
cíñete la corona de espinas y racimos;
desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
cuyos sobacos huelen á bravío y á muerte;
funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
noblemente rodeados de nimbos siderales;
borra de tus encías la hiel de todo insulto,
y haz que las hostias sean, en tu radiante culto,
no de carne sangrienta, sino de dulce trigo.
El tío Sam es fuerte. Arraigado en su ombligo
tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;
aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos,
muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos,
pon en las férreas ancas de sus locomotoras
una gigante carga de nubes y de auroras,
desflora con su hierro las cumbres familiares;
y alzándote desde esos gigantescos altares,
proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hay infamia que castigar; nivela
los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento
como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
y abre á la aurora tu alma como un bosque harmonioso.
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza
con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
pretende libertarte de tu peñón sombrío:
salvadora borrasca que sacude el navío,
oscuras expansiones del oculto renuevo,
alas que se presienten en la "eclosión" del huevo...

"Gesta Magna", describiendo el paso de los Andes de la legionaria hueste de San Martín, es, para mí, lo más épico y bello que ha producido la mente de Lugones. Si no hubiera escrito más que ese canto, acaso uno de los más bellos de la poesía universal, por él merecería el dictado de gran poeta.

Hay en ese poema un brote vigoroso de ideas; color en las imágenes; plan y método en el asunto; primavera en el pensamiento. Se ven en esos dísticos que parecen modelados en un troquel de orfebre, desfilar los héroes á caballo; se contempla en su rígida apostura al Restaurador de Chile y Libertador del Alto Perú; se ven penachos, espadas, cimeras; altos picos coronados por la nieve; cimas heladas que trepa la virtud heroica del soldado; y se oye y percibe en el ritmo sonoro y marcial de su armonía bélica, el retemblar profundo de la tierra bajo los cascos de la caballería en marcha; la voz de los abismos en la onda del viento; los aletazos de las águilas y los condores; el sonido metálico de las armas; la orden del jefe, vibrante como clarín; el rumor de los ayudantes trasmitiendo las órdenes; y la Historia, sentada á un lado de la cumbre—como el dulce Platón en la roca Engina viendo las sombras del silencio descender á posarse sobre las cumbres del Himeto—contemplando asombrada la estupenda hazaña que reverdecía, como un florecimiento homérico, el recuerdo de Aníbal victorioso atravesando los Alpes en fulgurante peregrinación.

GESTA MAGNA

Diana

Emperador de púrpura que atraviesas la historia,
como una vena de oro la desligada escoria,
traduciendo en la ahullante voz de tu clarinada
el inaudito acento de la palabra armada
del Dios de los Ejércitos; libertador que aspiras
el aire de las albas en tu montaña de iras,
y echas sobre el escombro de los altares falsos
cepas de dulces viñas en postes de cadalsos,
á fin de que florezca bajo el haz de los soles
la redención soñada de las futuras proles—
abriéndote en los flancos una herida tan vasta
que en ella quepa toda la noche; fuerte casta
de los insignes, que alzas en plinto de trofeos,
sobre torsos de Alcides, testas de Macabeos,
dorando con tus cóleras empresas y episodios,
y absorbiendo las sombras en llamaradas de odios

así como la tea para alumbrar devora;
apóstol que violentas las puertas de la aurora
para que la esperanza, como un pimpollo, se abra
ante tus formidables torrentes de palabra
que tuercen el cabestro vil de las servidumbres,
héroes de la historia, señores de las cumbres,
grandes almas, videntes, mártires, pensadores,
víctimas en los Gólgotas, dioses en los Tabores,
terribles en los Eufrates, mansos en los Jordanes;
Antíocos, Dantones, Kosciuskos, Pablos, Juanes,
—Brazos de Dios, columnas de los cuatro horizontes—
todos los que sois astros, todos los que sois montes
de gloria ó de prodigio sobre el nivel humano,
oid!

Cómo hablan en las cimas

Sintiendo un día cierto rumor lejano
de olas ó batallones, que asaltando las cuestas
ascendía del lado de las hondas florestas,
el Tupungato, el monte de los cráteres blancos
que desata en cascadas las venas de sus flancos,
y cuya cima es lanza sumergida en la aurora
cundo el Sol, como un ojo de oro flameante, explora
la extensión de la inmóvil población de granito
desde aquel gigantesco balcón del infinito;
el Tupungato, almena de los vientos, morada
de las tormentas, blanco cual inmensa almohada
sobre la cual reposan los sueños seculares
de cien generaciones—hizo oir á los mares,
á las selvas, en donde con sonoro lamento
en las agonizantes noches se queja el viento,
y á las verdes llanuras surcadas de rebaños,
su gran voz, que no hablaba desde hacía mil años.
Y dijo al Chimborazo esta palabra:
—¡Alerta!
El Chimborazo estaba durmiendo. Gloria muerta
de los cultos vencidos, aquel canoso abuelo
siendo cadáver, no era sino un pilar del cielo.
Inmóvil sobre una desolación de escombros
dejó que cien inviernos nevaran en sus hombros
y anidaran los cóndores en sus barbas; en vano
el huracán mesaba con agresiva mano
la catarata enorme de sus canas; raíces
de robles perforaban sus costados; matices

de ocasos y de auroras cubrían su arrogancia
feroz. Aquel cerro era terrible en la distancia.
Cuando las nubes nimbus velaban su reposo,
parecía que estaba pensando aquel coloso—
pues quizás esas nubes eran sus pensamientos.
Las tormentas le hablaban, le injuriaban los vientos,
el alba de su florido candor le sonreía.
El gigante callaba, desdeñaba. Dormía.
Al escuchar el grito que movió las montañas,
alzó el gigante el velo de sus blancas pestañas
y miró los glaciares de la vasta cadena
doradas por un éxtasis de luz. La mar serena,
el día que asomaba limpio como un diamante.
Las caravanas de árboles en el perfil distante
de los valles. Y abajo, casi á sus pies, la hoguera
del Sol. Todo flotaba en su fulgor. Todo era
silencioso. Las cumbres blanqueadas por la escarcha,
confundían sus grupas como un rebaño en marcha.
Sobre el cuadro volcaba su copa el firmamento.
El monte excelso dijo al monte huraño:
—Siento
un tropel de borrasca que rugiendo se acerca
por los valles. Diríase que el mar está más cerca.
Los árboles se doblan; polvaredas enormes
suben de las llanuras conmovidas; informes
masas negras encréspanse con flujo de torrente...
Y añadió el otro monte:
—Es el viento.
Su frente
se sumergió en las nubes toda llena de sueño.
El Tupungato alzóse tres leguas. En su empeño
de mirar aquel ancho galope que ascendía
cebrado de relámpagos en el cristal del día,
solivió el firmamento sobre su espalda inmensa.
Y cuando hubo mirado:
—No es el viento. Eso piensa!
—Es Dios que pasa!
—No, es la libertad. Bronces
y aceros la coronan de centellas.
Entonces
el Chimborazo alzando su voz sobre el abismo,
entre un fragor de rocas le respondió:
—Es lo mismo!

Los héroes

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña les mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silba en las oriflamas
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo.
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo
que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,
que aun se ve las espuelas de la hueste que sube
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.
Si Dios tiene jaurías, así serán sus dogos.
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte,
de la opuesta ladera, los espía la muerte.
Y á este presagio, vuélvese el asalto bravío
sombríamente mudo, pues nada hay más sombrío
que esos grandes silencios de almas sobre las cimas.
Ya han dejado á sus plantas flores, lluvias y climas,
y sólo entre las claras nieves del firmamento
con un trémor de orquesta les acompaña el viento.
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas;
tan cerca de las copas fulguran las estrellas,
que parecen, borrando todo humano vestigio,
el rocío de aquellos árboles de prodigio.
En tanto que la hueste sube por las laderas
un solemne silencio cae de las banderas.
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues fieros en su obstinado brío,

prefieren la muerte á temblar—aun de frío!
El Sol escolta aquella bravura. Unos tras otros
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.
Diríase mirando la ascensión de la hueste,
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,
espoleando fantásticas bestias de cataclismo
van á cruzar á nado los golfos del abismo.
En ese instante el drama tiene una peripecia,
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el Sol flechas de lumbre,
al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de proas, que esfumado en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma:
"Ya están aquí los cóndores", dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas
asesinan; sus plumas vibran cual sordas harpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como un ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana,
los pájaros oyendo la invocadora diana,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y á tal altura encuentran á los héroes, que cuando
se contempla los cerros que á sus pies van quedando
parece que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

La aventura

¿Qué dijeron los cóndores al volver con la nueva
á las cumbres, en donde el firmamento nieva
sus copos fríos, como un lago que deshoja
los lirios de su margen, sobre la cual arroja
una ancha cinta negra la noche circunstante?
Los cóndores hablaron de una visión gigante:
la guerra, coronada de palma redentora,
algo así como un cráter vomitando una aurora,
algo como un océano, cuyas ondas salobres

al desatar sus flujos sobre los suelos pobres,
fecundan lo que amargan, siendo bonanza en la ira
más allá de las pampas donde el pulmón respira
los atlánticos vientos, ásperos de salitres;
más allá de la cumbre que visitan los buitres;
en la trágica púrpura del ocaso que abate
sus nubes, como rotas banderas de combate
sobre las agonías de lontananzas grises,
era una formidable resurrección de países.
Batallas.—Sordos trotes en la tierra.—Clamores
de iras en el viento.—Salvas de vencedores,
el espanto sirviendo de vanguardia á la gloria.
Redenciones.—Labrando los flancos de la historia
con sus espuelas, iban en pos de una quimérica
ilusión, los obscuros sembradores; y América
alzábase al empuje de la Rebelión, salva,
con sus largos cabellos bañándose en el alba.
En el arca fecunda de sus nobles caderas
palpitaban sazones, brotaban primaveras.
La esperanza nacía; una salvaje infancia
de pueblos, rica de alma, de vida y de fragancia
torpes alas tendían vagamente á los cielos.
Había un temblor de astros sobre esos torpes vuelos.
Esplendores, presagios de proezas futuras,
coronaban los vértigos de todas las alturas:
hablábase en voz alta al Porvenir. La espada
abría á las auroras una eterna portada
sobre cuyos pilares el Sol se detenía.
Tal hicieron los altos caminantes que un día
vieron pasar las cumbres en visión de heroísmo.
A su frente, midiendo á pasos el abismo
iba un hombre, un soldado de frente vencedora.

El

El
Era el luminoso cómplice de la aurora
el fiero concurrente del Destino. El consorte
de la espada.
El era su estrella.
Un solo corte
de su acero hizo trizas el baluarte funesto
de la sombra. El espanto decía "soy su gesto",
y el prodigio "soy su caballo". Sordamente

las tormentas bajaban á visitar su frente
como si se tratase de una sagrada encina.
Su brazo era el martillo de una industria divina,
frío, tenía un solo color, pero éste era
el del bronce. Profundo, su gigante carrera
más conmovió las rocas que removió la arcilla.
Su sable era el arado, su sangre la semilla.
La gloria le trataba fraternalmente. El viento
le abría paso. Un vasto fulgor de pensamiento
alumbraba las nubes detrás de su cabeza.
Su vecina más próxima se llamaba "grandeza".
El cóndor le decía "señor" y las naciones
"abuelo". Era beluario de águilas y leones.
El pendón de los reyes temblaba en su presencia,
tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.
A su espalda quedaba la noche. A su costado
rugía el mar. La dura suerte lo hizo esforzado,
siendo el fuerte la barra cuando el yunque es la suerte
su nudo gordiano era la victoria. La muerte
meditaba en presencia de aquel rostro de justo,
no iluminaba, ardía; no era hermoso, era augusto;
su espíritu animaba toda esperanza trunca,
la fuga aseguraba no haberle visto nunca,
detrás de sus talones se detenía el miedo.
Cuando esbozaba triunfos, la punta de su dedo
escribía la guerra como una áspera pluma.
Bajo sus fuertes riendas el mar echaba espuma.
En la lucha, dorado por cárdenas vislumbres,
de la cercana sierra coronada de inviernos,
recibía el saludo de los montes eternos
con esa bondad grave que á la grandeza auxilia.
Montañas, mares y astros eran de su familia.
La suerte de los pueblos galopaba en el anca
de su caballo heroico, y su espada era blanca
como una virgen siendo terrible como el rayo,
cuando la servidumbre, la pena ó el desmayo,
encorvaban las nucas y afligían los pechos,
descerrajando el arca santa de los derechos
que es como el tizón donde duerme la brasa de oro—
aquella hoja asomaba cual celeste meteoro
ante el cual la siniestra noche retrocedía,
pues su filo trazaba la longitud del día.
Tales espadas eran para brazos tan grandes,
en aquel tiempo estaba San Martín en los Andes.

De monte á monte

Flotó sobre las cumbres un rumor. El sereno
azul se puso turbio como si oyera el trueno.
Algo hablaba:
—Le he visto, murmuró el Chimborazo.
Y el Tupungato dijo:
—Le percibí: era un brazo,
esgrimiendo una lanza tan enorme en el viento,
que al ver como su punta rayaba el firmamento
de nube en nube, á impulsos de una heroica pujanza,
el cielo parecía prendido á áquella lanza.
A menos que todo eso no fuese una bandera.
La libertad es dulce como la primavera.
Yo he aprendido de ella un sublime lenguaje
definido en los nobles ritmos del oleaje.
Sé expresar la palabra que las alturas puebla
de esplendores, siendo astro sobre toda tiniebla,
y proclamar las guisas en que el laurel abunda.
Así habló el viejo monte con su voz más profunda,
teniendo á un lado el viento y al otro el oceano.
Mas viendo que callaba su gigantesco hermano
cuya frente, en las nubes solemne aparecía:
—Y tú ¿qué has aprendido á decir?
—¡Madre mía!

¿No es verdad, señoras y señores, que habéis sentido, oyendo estos versos, que diríanse escritos por un iluminado sobre el Sinaí relampagueante de la inspiración, emociones intensas, el frío de las enormes cimas, estremecimientos de aceros, estruendos de refriega, y visto pasar como á través de un cinematógrafo de lienzos dantescos, la caravana de los héroes, bañados como en un resplandor de apocalíptica grandeza?

Lugones es un poeta excelso. Su musa parece resbalar, á veces, por entre encajes y flores, y otras, como cuando revive la leyenda heroica de la patria, se torna vengadora y terrible como si la iluminase el resplandor de los incendios; y entonces es su poesía, atrevida en el vuelo y gallarda en la idea, algo así como el cráter de un volcán descabezado que arroja por el belfo encendido una llamarada de fuego entre una lluvia de rosas...!

Lugones, más que Díaz Mirón y Chocano, es el poe-

ta de la tragedia; el cantor de los combates, que hace hablar las montañas con sus labios de piedra al paso de los héroes; viste los árboles de atavíos marciales para que saluden, erectos sobre sus raíces de centinelas, la legión libertadora cortando valles y escalando montes en luminosa aventura; venciendo á la Naturaleza y al Destino; á los ríos hinchados y á la nieve de la cordillera aterida, donde fermenta la borrasca y retumba el trueno; escoltada por ese ángel tutelar, que pone en el corazón de los hombres el sello de la divinidad como coraza, para vencer de las abominaciones de la tierra y del furor de los tiranos.

Lugones en su majestuoso poema *Gesta Magna* ilumina con la antorcha de sus inflamados dísticos la noche triste de la guerra; prende como una guirnalda de auroras sobre el sepulcro del pasado. y ciñe sus sienes con el láurel fragante de su visión homérica. La figura del Libertador San Martín se revela en su poesía con toda la serenidad de su grandeza. Pinta al héroe y al hombre cuando dice:

El pendón de los reyes temblaba en su presencia,
tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.

Lástima grande es que Lugones, conocedor de la odisea libertadora de su país, patriota hasta el paroxismo, y dotado de un estro poderoso que inmortalizaría su nombre cantando las proezas de la revolución que tuvo por teatro los campos del Sud, haya dejado el rumbo natural que el timón de sus facultades de poeta épico le señalaba, para dirigir la nave de su inspiración por mares procelosos que la harán encallar en las rocas de la mediocridad.

Si mis palabras fueran dignas de ser escuchadas por Lugones y tuvieran ellas el poder sugestivo de influir en su ánimo, para hacerle torcer el rumbo que equivocadamente ha tomado, yo le diría:

Vuelve ¡oh gran poeta! por la musa de tus viejos alientos que cabalga en Marte: abandona tu Pegaso de yeso; resucita el bosque centenario poblado de sombras: la pampa estremecida por el huracán negro de los escuadrones gauchos: interroga á los Andes, al Tupungato y al Chimborazo para que te cuenten los episodios de los legionarios muertos: á los cerros y á

las cuchillas de las lomas, donde la maravilla de la Historia colgó sus balcones para revistar á la furiosa hueste: á la montaña, que tendió su escala de Romeo para que por ella subiese la novia Libertad: á los ríos que vieron pasar, inmóvil su crecido torrente, la tropa del honor, con la banderola á flor de agua: á la colina cuajada de luz y vestida de banderas: al viento, que con la clarinada de su verbo sonoro era como el profeta de la esperanza: á las águilas y á los condores, al mar y al cielo.

Interrógales, gran poeta, de la trompa trágica y pintoresca: tú puedes, penetrando con tu buril de artista en los secretos de la naturaleza, hacer hablar la Esfinge; horadar la piedra de la Historia para que de ella brote la luz de la verdad; romper con la estrella de tu fantasía el girón de noche donde duerme, como en sagrado nido, el Vellocino de Oro de tantas grandezas, el valioso polvo de astros de la leyenda americana.

Nuestra América, pródiga en hechos y sacrificios, rica en héroes, sublime y resignada en sus martirios, ha tenido muy pocos hijos que canten sus proezas, su calvario redentor, la poesía infinita de su cruz, el romance inmortal de su leyenda. Sus mas grandes poetas, fascinados por un *snobismo* y afán de imitaciones malsanas, enfermos por un ideal de decadencia, parece como que quieren ocultar avergonzados á la madre pobre que los llevó en su seno y les dió personalidad y vida. Viven unos enamorados de los conquistadores, tendidos á los pies de los reyes, cuando el orbe despierta y la espada de la República abre surcos de luz en las tinieblas del imperio caído de la vieja China; viven otros la vida artificial de un arte que no sienten, copiando modelos descoloridos, encerrados dentro de la forma de una retórica hueca, pomposa en la copa y con las raíces en el aire.

Lugones no es de los primeros, y no puede, no debe, seguir el rumbo de los segundos. El vestido de nuestra poesía podrá comprársele en Francia ó en Inglaterra, pero el tronco de la idea tiene que ser de América.

Martí legó á los hijos del continente, como el testamento de su espíritu, esta máxima que no debemos olvidar: Crear—dijo él—es la palabra de pase de

esta generación. El vino de plátanos; y si sale ágrio, ¡es nuestro vino!

Que quiere decir también: la poesía amasada con el sudor de nuestra mente, con espíritu nativo, héroes de casa y leyenda propias; inspirada y bebida á orillas de nuestros ríos de lágrimas, y de nuestros jordanes de luz. Si nuestra madre es india; ¡amemos nuestra madre!...

